

Notas y documentos

RICARDO LATCHAM EN LA ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Frecuente es oír a los escritores noveles o fracasados renegar de las academias. Ello es ya un tópico. El resentimiento de ellos se vuelca en expresiones agresivas contra esas instituciones venerables y a las cuales no podrán tener acceso por carecer de auténticas credenciales para ser recibidos. Ya nadie cree que las academias sean sitios cerrados, cubiertos por el polvo de una rancia tradición. Hoy día las academias se han aireado abriendo sus puertas a escritores reconocidamente antiacadémicos. Así, en la Academia Francesa y en la Real Academia Española. Así también en la Academia Chilena, en donde ha ingresado, por ejemplo, un escritor tan poco académico como Joaquín Edwards Bello. Ahora llega a hacerle compañía Ricardo Latcham, de indiscutible abolengo antiacadémico.

Tras una reñida lucha —con armas no siempre nobles—, que hizo recordar las de la Academia Francesa, Ricardo Latcham se incorpora en la nuestra con un pasaporte de crítico sagaz, de político inestable, de catedrático erudito, de polemista acerado, desigual y constante en la pasión por los estudios literarios. Y fué bien recibido en ella, con todo el ceremonioso aparato que son una de las razones de ser de las academias. ¿Qué sería de las academias sin la solemne recepción de los nuevos académicos? ¿Habría, si esa solemnidad se suprimiese, interés en ingresar en las academias?

La recepción de Latcham merece un breve comentario. El temperamento inquieto y fervoroso del nuevo académico parecía el menos indicado para la grave solemnidad que exige la vieja institución fundada por Felipe V. Ricardo Latcham no defraudó en su discurso de incorporación: se mostró tal como es, sin revestirse de ningún aparato para desfigurar su auténtica condición de insumiso y locuaz. No trató en su disertación un tema específico, en estilo pomposo y sesudo, como son casi siempre los discursos académicos. Se limitó Latcham a evocar su vida y a recordar a las personas que han influido en su formación literaria. Fué, en verdad, una sucinta historia de la vida literaria chilena de los últimos treinta años, evocada en forma animada y chispeante por uno de sus principales protagonistas. Su palabra amena, su conocimiento de las personas, la riqueza de anécdotas hicieron que sus palabras mantuvieran atentos y curiosos a los espectadores.

Ricardo Latcham, al igual de Baroja, pronunció un discurso muy poco académico, pero lleno de color y vida. Latcham entró a llenar la vacante dejada por el crítico don Misael Correa Pastene, que por temperamento y formación literaria hay que situar en los antípodas de su sucesor.

Manuel Vega, con su ágil palabra de periodista, recibió al nuevo académico, trazando de él un vivo y humano retrato.

DON CLAUDIO MATTE

La figura de don Claudio Matte se proyecta en la vida nacional con tales excelencias, que no se puede pasar inadvertido el hecho doloroso de su fallecimiento. No son los cargos públicos que sirvió —Rector de la Universidad de Chile, Director General de Educación Primaria, diplomático— los que jalonan su existencia casi centenaria para darle relieve singular. Si bien los honró y desempeñó con plena conciencia de la responsabilidad que ellos exigen para la buena marcha de los servicios que tuvo bajo su tutela, don Claudio Matte destaca virtudes extraordinarias, calidades humanas superiores como servidor de la colectividad.

Mientras hay quienes acumulan riquezas para disfrutar egoístamente de ellas y usarlas como pedestal para asentar una situación de eminencia que sin el dinero jamás podrían alcanzar, don Claudio Matte repartió sus bienes con tal generosidad que no se recuerda caso igual en la historia del país.

Se dió cuenta el ilustre ciudadano fallecido que para los países en formación como el nuestro es fundamental educar al pueblo, darle los instrumentos elementales para que configuren una personalidad. Por eso don Claudio Matte entregó su voluntad emprendedora a servir a la educación primaria, fundando numerosas escuelas con su propio peculio. No le bastó la ayuda material. Quiso también contribuir a modernizar los métodos de enseñanza, para lo cual él mismo compuso un Silabario que durante muchos años se usó para aprender a leer.

Sería largo el recuento de la labor que don Claudio Matte realizó en beneficio de la educación popular. Su nombre está ya inscrito en nuestra historia como una figura egregia por su voluntad generosa y noble de servir al pueblo a través de la educación primaria.